

Cuaresma 2008 en las Escuelas Católicas

CUARESMA **TIEMPO DE COMPETENCIAS BÁSICAS** **EN LAS ESCUELAS CATÓLICAS**

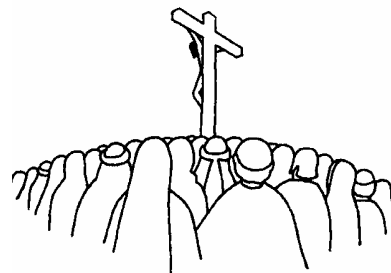
Miércoles de Ceniza

Textos bíblicos: Joel 2, 12-18

Salmo 50

Carta a los Corintios 5,20-6,2

Mateo 6,1-6, 16-18



Cada semana iremos colgando una celebración sencilla para que se pueda realizar dentro de la misma clase, los lunes, por ejemplo,. Este año vamos a insistir en la idea de “competencia” como esa capacidad potencial-personal para llevar a la práctica determinadas acciones, actitudes que demuestren que se puede ser cristiano sin necesidad de pregonarlo, ni de molestar a nadie.

- Esta celebración es mejor, que por esta vez y de forma más simbólica, se haga en la Capilla. El ambiente crea su clima.
- Comenzamos el **Miércoles de Ceniza** por ser una fecha tradicionalmente significativa. Hay que separar Eucaristía y recepción de la ceniza, que es un “sacramental”, con valor simbólico. No hay que darle mucha importancia, aunque a los alumnos/as les gusta por ser algo diferente (además de hacer un paréntesis en las clases). Hay que explicarles el “sentido histórico” de la imposición de la ceniza.

No insistir en las actitudes negativas sino en la construcción de los valores de Jesús en la propia vida. En saber ser “testigos competentes” de Jesús y para ello se necesita:

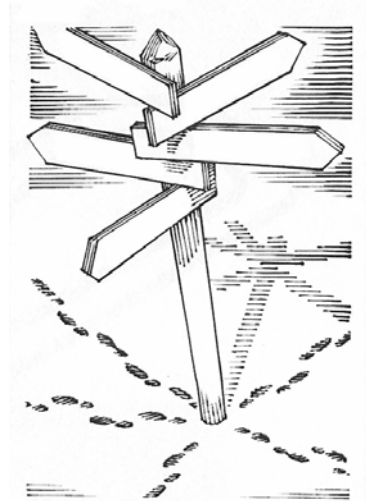
- . Saber “leer” la Palabra, la vida, los acontecimientos
- . Saber “comunicar y expresar” bien con gestos lo que se cree y vive

A ti, Señor, presento mi ilusión y mi esfuerzo;
en ti, mi Dios, confío, confío porque sé que me amas.
Que en la prueba no ceda al cansancio,
que tu gracia triunfe siempre en mí.
Yo espero siempre en ti. Yo sé que tú
nunca defraudas al que en ti confía.

Indícame tus caminos, Señor; enséñame tus sendas.
Que en mi vida se abran caminos de paz y bien,
caminos de justicia y libertad.
Que en mi vida se abran sendas de esperanza,
sendas de igualdad y de servicio.
Encamíname fielmente, Señor.
Enséñame tú que eres mi Dios y salvador.

Recuerda, Señor, que tu ternura y tu lealtad
nunca se acaba; no te acuerdes de mis pecados.
Acuérdate de mí con tu lealtad,
por tu bondad, Señor.

Tú eres bueno y recto
y enseñas el camino a los desorientados.
Encamina a los humildes por la rectitud,
enseña a los sencillos su camino.
Tu sendas son la lealtad y la fidelidad
para los que guardan tu alianza y tus mandatos.



Porque eres bueno, perdona mi culpa.
Cuando te soy fiel, Señor,
tú me enseñas un camino cierto;
así viviré feliz y enriquecerás mi vida con tus dones.
Tú, Señor, te fías de mí y me esperas siempre.
Tú, Señor, quieres que sea de verdad tu amigo.

Tengo los ojos puestos en ti
que me libras de mis amarras y ataduras.
Vuélvete hacia mí y ten piedad,
pues estoy solo y afligido.
Ensancha mi corazón encogido
y sácame de mis angustias.

Mira mis trabajos y mis penas
y perdona todos mis pecados.
Señor, guarda mi vida y líbrame de mí mismo.
Señor, que salga de mi encierro y vaya hacia ti
y que no quede defraudado de haberme confiado a ti.

Indícame tus caminos, Señor, tú que eres el camino.
Hazme andar por el sendero de la verdad,
tú que eres la Verdad del hombre.
Despierta en mí el manantial de mi vida,
tú que eres la Vida de cuanto existe.

Gloria al Padre....

Bendición de la Ceniza:

SEÑOS DIOS, que te inclinas ante el que se acepta y humilla y encuentras agrado en quienes reconocen su pecado; escucha como Padre amoroso que eres, la súplica de este grupo y derrama tu bendición + sobre estos hijos e hijas tuyos que van a recibir la ceniza como signo de conversión, y así, fieles a las prácticas evangélicas durante este tiempo cuaresmal puedan llegar con un corazón limpio y sincero a la celebración del misterio pascual de tu Hijo Jesús, que contigo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

- Imposición de la Ceniza. Indicarles alguna fórmula para que las digan al recibirla. Las fórmulas puede ser:

"Conviértete y cree en el Evangelio..."
"Cambia y se buen testigo de Jesús"



ORACIÓN DE LOS FIELES:

- Te pedimos, Señor, por la Iglesia y por las personas que la formamos para que nos esforcemos en construir un mundo más justo, fraterno y habitable por todos. **TE LO PEDIMOS SEÑOR.**
- Te pedimos, Señor, por nuestras familias, para que vivamos este tiempo, el día a día que Tú nos da, con verdadero sentido de unidad.. **TE LO PEDIMOS SEÑOR.**
- Te pedimos, Señor, por los enfermos y por los ancianos, por los más abandonados, para que sientan tu presencia y compañía a través nuestro.. **TE LO PEDIMOS SEÑOR.**
- Te pedimos; Señor por tantos hombres y mujeres , tantos niños y niñas maltratados por los niños, por tantos seres indefensos víctimas del odio y de la violencia para que nosotros sepamos ser voz de los sin voz. **TE LO PEDIMOS SEÑOR.**
- Te pedimos, Señor por todos nosotros que tantas veces vivimos cómodamente, sin preocupaciones, para que demos cabida en nuestra vida a la firme esperanza, a la salvación que viene de Ti. **TE LO PEDIMOS SEÑOR.**

Ahora vamos a hacer un símbolo representativo para esta Cuaresma:

- Previamente se les ha invitado a traer un “palo” de la calle, no muy largo, unos 30 cm, (en los pueblos es fácil, en las ciudades se les puede invitar a traer o que los lleve el profesor/a que dirija la celebración, unos palillos-mondadientes), sobre todo para los más pequeños.
- Se lleva hilo o cuerda de bramante, delgado. Se les da un trozo a cada uno (unos 20 cm) para que una vez que partan en dos el palo, hagan una cruz y la unan con la cuerda. Una vez, con el guirigay correspondiente, cada uno con **SU CRUZ** en la mano, escucha la lectura de este largo cuento.
- El cuento se puede leer entre tres que lean muy bien. Un párrafo cada uno. Sería estupendo hacer fotocopia del cuento y regalarle uno a cada alumno/a, pero... Sería un buen gasto cuaresmal-pastoral para el centro.

Buscando al Señor

Una vez una persona andaba buscando al Señor. Le habían comentado de una invitación que hacía a todos para llegarse hasta su Reino, donde dicen que tenía reservada una morada para cada uno de sus amigos.

Y él también tenía ganas de ser amigo del Señor. ¿Por qué no? Si otros lo habían logrado ¿qué le impedía a él llegar a ser uno de ellos?

Averiguando acerca del paradero, se enteró de que el Señor se había ido monte adentro con un hacha, a fin de preparar para cada uno de sus amigos, lo que necesitaría para el viaje. Y se largó a campearlo.

Los golpes del hacha lo fueron guiando hasta una isleta. Atravesó el limpión y se metió por entre los mogotes y garabatos, tratando de acercarse al lugar de donde provenían los golpes. Las largas hojas del caraguatá se le prendían con sus pequeñas espinas ganchudas, pero no lograron detenerlo, porque era hombre decidido.

Al fin llegó. Y se encontró con el mismísimo nuestro Señor, que estaba preparando las cruces para cada uno de sus amigos, antes de partir hacia su casa, a fin de disponer un lugar para cada uno.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó el joven al Señor.

—Estoy preparando a cada uno de mis amigos la cruz con la que tendrán que cargar para seguirme y así poder entrar en mi Reino.

—¿Puedo ser yo también uno de tus amigos? —volvió a preguntar el muchacho.

—¡Claro que sí! —le dijo Jesús—. Es lo que estaba esperando que me pidieras. Si quieres serlo de verdad, tendrás que tomar vos también tu cruz y seguir mis huellas. Porque yo tengo que adelantarme para ir a prepararles un lugar.



—¿Cuál es mi cruz. Señor?

—Esta que acabo de hacer. Sabiendo que venías y viendo que los obstáculos no te detenían, me puse a preparártela especialmente y con cariño para vos.

La verdad que muy, muy preparada no estaba. Se trataba prácticamente de dos troncos cortados a hacha, sin ningún tipo de terminación ni arreglos. Las ramas de los troncos habían sido cortadas de abajo hacia arriba, por lo que sobresalían pedazos por todas partes. Era una cruz de madera dura, bastante pesada, y sobre todo muy mal terminada. El joven al verla pensó que el Señor no se había esmerado demasiado en preparársela. Pero como quería realmente entrar en el Reino, se decidió a cargarla sobre sus hombros, comenzando el largo camino, con la mirada en las huellas del Maestro.

Ni bien cargó la incómoda cruz, hizo también su aparición el diablo. Es su costumbre hacerse presente en estas ocasiones. Y en aquella circunstancia no fue diferente. Porque donde anda Dios, asimismo anda el diablo. Sobre todo en los montes.

Desde atrás le pegó el grito al joven que ya se había puesto en camino:

—¡Te olvidaste de algo!

Extrañado por aquella llamada, miró para atrás y vio a Mandinga muy comedido, que se acercaba sonriente con el hacha en la mano para entregársela.

—Pero ¿cómo? ¿También tengo que llevarme el hacha? —preguntó molesto el muchacho.

—No sé —dijo el diablo haciéndose el inocente—. Pero se me hace que es conveniente que te la lleves por lo que puedas necesitar en el camino. Por lo demás, sería una lástima dejar abandonada una hachita tan linda.

La propuesta le pareció tan razonable, que sin pensar demasiado, tomó el hacha y reanudó su camino.

Duro camino. Por varias cosas. Primero, y sobre todo, por la soledad. El creía que lo haría con la visible compañía del Maestro. Pero resulta que se había ido, dejando sólo sus huellas.

Siempre la cruz encierra la soledad, y a veces la ausencia que más duele en este camino es la de no sentir a Dios a nuestro lado. Algo así como si nos hubiera abandonado.

El camino también era duro por otros motivos. En realidad no había camino. Simplemente eran huellas por el monte o por los pajonales y esteros. Hacía frío en aquel invierno y la cruz era pesada. Sobre todo, era molesta por su falta de terminación. Parecía como que las salientes se empeñaran en engancharse por todas partes a fin de retenerlo. Y se le incrustaban en la piel para hacerle más doloroso el camino.

Una noche particularmente fría y llena de soledad, se detuvo a descansar al descampado. Depositó la cruz en el suelo, a la vez que tomó conciencia de la utilidad que podría brindarle el hacha. Quizá el Maligno —que lo seguía a escondidas— ayudó un poco arrimándole la idea mediante el brillo del hierro del instrumento.

Lo cierto es que, ahí no más, se puso a arreglar la cruz. Con calma y despacito le fue sacando los nudos que más le molestaban, suprimiendo aquellos muñones de ramas mal cortadas, que tantos disgustos le estaban proporcionando en el camino. Y consiguió dos cosas.

Primero, mejorar el madero. Y, segundo, se agenció de un montoncito de leña que le vino como mandado a pedir para prepararse un fueguito con el que calentar sus manos ateridas.

Esa noche durmió tranquilo. A la mañana siguiente reanudó su camino. Y noche a noche su cruz fue siendo mejorada, pulida por el trabajo que en ella iba realizando.

Mientras su cruz mejoraba y se hacía más llevadera, conseguía también tener la madera necesaria para el fueguito amigo de cada noche. Casi, casi, se sintió agradecido hacia Mandinga que le había hecho traerse el hacha consigo. Después de todo había sido una suerte contar con aquel instrumento que le permitía el trabajo sobre su cruz.

Estaba satisfecho con la tarea, y hasta sentía un pequeño orgullo por su obra de arte. La cruz tenía ahora un tamaño razonable y un peso mucho menor. Y además se trataba de algo prolijo. Bien pulida, brillaba a los rayos del sol, y casi no molestaba al cargarla sobre sus hombros. Achicándola un poco más, llegaría finalmente a poder levantarla con una sola mano a manera de estandarte, para así identificarse ante los demás como seguidor del crucificado. Y si le daban tiempo, podría llegar a acondicionarla hasta tal punto que llegaría al Reino con la cruz colgada de una cadenita al cuello como un adorno sobre su pecho, para alegría de Dios y testimonio ante los demás.

Y consiguió su meta. Es decir: sus metas. Porque, para cuando llegó a las murallas del Reino, se dio cuenta de que gracias a su trabajo, estaba descansado y además podía presentar una cruz muy bonita, que ciertamente quedaría como recuerdo en la casa del Padre.

Pero no todo fue tan sencillo. Resulta que la puerta de entrada al Reino estaba colocada en lo alto de la muralla. Se trataba de una puerta estrecha, abierta casi como una ventana a una altura imposible de alcanzar.

Llamó a gritos, anunciando su llegada. Y desde lo alto se le apareció el Señor invitándolo a entrar.

—Pero, ¿cómo. Señor?, no puedo. La puerta está demasiado alta y no la alcanzo.

—Apoya la cruz contra la muralla y luego trepa por ella utilizándola como escalera —le respondió Jesús—. Yo le dejé a propósito los nudos para que te sirviera. Además tiene el tamaño justo para que puedas llegar hasta la entrada.

En ese momento el joven se dio cuenta de que realmente la cruz recibida había tenido sentido y que de verdad el Señor la había preparado bien. Sin embargo ya era tarde. Su pequeña cruz, pulida, y recortada, le parecía ahora un juguete inútil. Era muy bonita pero no le servía para entrar. Mandinga había resultado mal consejero y peor amigo.

Pero, el Señor es bondadoso y compasivo. No podía ignorar la buena voluntad del muchacho y su generosidad en querer seguirlo. Por eso le dio un consejo y otra oportunidad.

—Vuelve sobre tus pasos. Seguramente en el camino encontrarás a alguno que ya no da más, y ha quedado aplastado bajo su cruz. Ayúdale vos a traerla. De esta manera vos le posibilitarás que logre hacer su camino y llegue. Y él te ayudará a vos a que puedas entrar.

Final de la Celebración:

- Ahora tienen sentido contemplar la cruz que cada uno se e ha fabricado con los dos palos transversales.
- Invitarles a no tirarla, perderla, sino a guardarla durante la Cuaresma
- Se termina la celebración con esta muy breve oración:

Señor Jesús,

*Cada uno tenemos nuestra cruz cotidiana,
personal, familiar.*

*Haz que sepamos aceptarla
para que se transforme día a día en Cirio,
en Luz de Resurrección. Amén.*



Se guarda la **cruz personal** en silencio y se sale de la capilla.

Recomendación de lecturas:

- En Cuaresma y siempre, hay que leer. A los que no les gusta leer, la lectura es una larga cuaresma y cualquier recomendación es poco fructífera. Pero aquellos/as a los que les guste leer, como lecturas cuaresmales -al menos van a ser las mías- les recomiendo estos dos libros:
- *El diario de la felicidad*, de Nicolae Steinhardt, de Ed. Sígueme. Un magnífico libro de un judío rumano, convertido al cristianismo, que se hizo monje. Y que nos abre las puertas del corazón a un mundo, el rumano, desconocido.
- *Símbolos de salvación. Redención, Victoria, Sacrificio*, de Alberto de Mingo Kaminouchi. Ed. Sígueme. Lectura bíblica de sumo interés para no perder el camino de los símbolos.